

Querida Conchita

ALFONSO SAURA SÁNCHEZ
Universidad de Murcia
asaura@um.es

Mis primeros recuerdos de Conchita son del lejano año 1974 o 1975. Era una joven becaria que acababa de llegar al departamento de Filología Románica desde el que se gobernaba toda la Filología Francesa. Lo llamábamos departamento porque era un espacio físico con una gran mesa central, y alguna otra pequeña, donde se consultaban los libros propios guardados en estanterías que tapizaban las paredes. Junto a este espacio estaba el despacho del catedrático, señor casi feudal, que tenía derecho a despacho propio y exclusivo. El departamento como institución no existía, era ese espacio especializado donde acudíamos los estudiantes. Allí trabajaban los demás profesores y becarios. Digamos también que era el momento de los numerosos “penenes” que bajo diferentes clasificaciones administrativas aseguraban la enseñanza de las diversas titulaciones.

Los estudios de Filología Francesa eran una rama de Filosofía y Letras. El título rezaba exactamente así: “Filología Moderna-Subsección Francés”. Tras los comunes, un plan de tres años con Fonética y Fonología Francesas, Laboratorio, Morfosintaxis, Literatura, Crítica Literaria y Estilística, Geografía e Historia de Francia y Filologías Románicas y Francesa. Afortunadamente todo estaba orientado al francés porque la Filología Románica ya existía y era la opción elegida para los futuros profesores de lengua y literatura españolas. Ese plan duraría hasta su sustitución por el de 1983.

Eran los años finales del franquismo y las transformaciones iban a llegar a todos los rincones, incluso a esta universidad gobernada por los franquistas más acérrimos. Y así fue: mientras España entera se agitaba, nosotros hacíamos asambleas, se creaba una Biblioteca

de Letras con los fondos departamentales... y nosotros, los jóvenes becarios y ayudantes, trabajábamos duro para elaborar nuestras tesis doctorales. Fueron años intensos. Los años de la llamada “transición”, que lo fue en todos los ámbitos, y en ninguno de ellos fue fácil. Al acabar la década de los 70, la democracia no había llegado a la universidad. Acabada mi tesis, yo no tenía sitio y en el 79 me tuve que ir, como antes se había ido Jerónimo. Para valorar la gravedad de la situación, digamos que ambos habíamos obtenido sobresaliente cum laude y aspirábamos al premio extraordinario de Doctorado del 78 (que lo ganó Jerónimo).

No volví a la Universidad hasta el 88. Ahora todo estaba cambiado. El nuevo régimen democrático lo había transformado todo y Conchita ya era la lideresa clarividente que conocemos. Las cátedras habían sido sustituidas por áreas de conocimiento y se habían creado auténticos departamentos con capacidad de debate y decisión. Nuestra área quedó integrada en el Departamento de Filología Francesa, Románica, Italiana y Árabe, con este orden de denominación porque el área con mayor número de profesores era ya francés. La LOU había abierto las oposiciones y se regularizaba la situación administrativa del profesorado. Los profesores titulares en nuestra área eran ya 5 (Bastida, González Alcaraz, Torres Monreal, Jerónimo y Conchita). El viejo plan de los años 60 había sido modernizado mediante el plan de 1983 que acentuaba la independencia respecto a Filología Románica. También se había creado una revista específica, la actual *Anales de Filología Francesa*. En todo esto debemos señalar la mano de Conchita que – con independencia de amistades personales y de su generosidad con los compañeros – sabía por dónde debíamos caminar para consolidar y prestigiar los estudios de Lengua y Literatura Francesas.

Parte de ese camino era buscar profesorado competente. Ayudaba a ello la creación de comisiones de contratación. Huir de enchufados heredados y recuperar a los jóvenes doctores que habíamos tenido que huir. Recuerdo las reiteradas llamadas de Conchita y de nuestro común amigo Fernando Carmona, catedrático de Literaturas Románicas, para advertirme de que necesitaban gente solvente, con tesis y conocimientos sólidos y que era buen momento para solicitar una plaza. Había vuelto del instituto Jerónimo, tan experto en Racine, y por fin en 1988 volví yo, quien había trabajado Voltaire, y a través de Voltaire, casi todo el siglo XVIII.

De nuevo, la generosidad de Conchita preparó mi aterrizaje. Me cedió asignaturas adecuadas, me abrió las puertas de un cursillo de doctorado y me incitó a proseguir mis estudios y a publicar, porque había que hacer méritos. Conchita lo tenía claro. Teníamos que estudiar y demostrar lo que sabíamos. Recuerdo de aquellos años la exigencia e intensidad con la que yo trabajaba: clases, correcciones, bocetos de artículos, préstamos interbibliotecarios, visitas a la *Bibliothèque Nationale de France* (que estaba aún en la calle Richelieu)... Y todo ello bajo el consejo de Conchita que me abría puertas y me tutelaba como si yo fuese su hermano menor. Siempre se lo he agradecido.

Recuerdo que, en paralelo, Conchita cuidaba de las relaciones de los profesores de

nuestra área, en una Murcia tan periférica, con los de otras universidades. No podíamos quedarnos aislados. Trabajábamos duro y teníamos que hacernos presente. Cualquier ocasión era buena para estrechar relaciones. Recuerdo nuestra presencia en la oposición de María Ángeles Sirvent, en Alicante, donde conocí a Paco Lafarga – joven estrella en ascenso –, unas jornadas de Literatura Francesa en Murcia realizadas en 1991 y 1993, nuestra participación en la joven APPFUE y en sus coloquios... Bien valientes fuimos al ofrecernos a organizar el V Coloquio, el de 1996. Sin las dotes de liderazgo y organización de Conchita no hubiera sido posible. Ella sabía crear equipo y buscar recursos, desde aulas a un poco de dinero, porque para organizar y publicar hacía falta dinero.

De su preocupación por la vida interna de nuestra área y departamento debo recordar dos aspectos. El primero y más difuso era independizarnos y distinguirnos de Románicas no tanto por los intentos paternalistas de algún viejo pope sino por delimitar nuestro campo propio, lo que permitía nuestro crecimiento. A esta inquietud respondía también la creación y mantenimiento de una revista propia o el inicio de aquellas semanas de cine francés de las que se encargó inicialmente Paco Torres. El segundo era consolidar el funcionamiento correcto del área en todos los centros. Nos correspondía impartir docencia no solo en la propia licenciatura, sino en la Escuela de Comercio, en la Facultad de Medicina y en las Escuelas Técnicas de Cartagena. Para que no se convirtiesen en pequeñas taifas, en un momento dado, Conchita decidió que, puesto que podía elegir, sería ella quien impartiese las clases en Medicina. Y así se acabó un problema, cuya dimensión conocíamos mal, y se consolidó el imperio del departamento.

Intramuros de nuestra universidad también luchamos por que nuestra área estuviese presente. Conchita fue coordinadora de la materia de Francés en las pruebas de Selectividad, coordinadora del Campus de La Merced – lo que le permitió conocer y gestionar espacios y funcionarios – y Decana en el año 1997. La primera Decana y con un equipo de mayoría femenina. Jerónimo y yo también fuimos coordinadores de selectividad y yo me encargué de la Comisión de Doctorado de Letras, primero como Secretario y luego como Presidente. Presencia pues de nuestra área dentro de la Universidad de Murcia.

Así que los años 90 fueron de mucho trabajo. Esas tareas iban añadidas a la docencia, que era la primera de todas. En primer lugar, recuerdo que nuestro alumnado era numeroso. Los alumnos procedentes del instituto ya habían cursado la asignatura de Francés, pero algunos venían de Francés Segunda Lengua y habían optado por nuestro título porque el francés les interesaba. Era una lengua de cultura que mantenía su prestigio. Añadamos que había trabajo como profesor de francés en enseñanza media y que nuestros egresados se podían presentar con éxito en otras regiones. Esta situación cambió desdichadamente al final de la década. Las competencias en educación fueron transferidas a la región, gobernada entonces por el ala menos cultivada de nuestra derecha. Para simplificar y ahorrar dinero eliminaron el francés en la Enseñanza Secundaria. Teníamos un cuerpo prestigioso de profesionales, la

región aspiraba a incrementar las exportaciones y el turismo..., pero no fue posible mantener una segunda lengua moderna como en Andalucía, lo que hubiese beneficiado no solo a los profesores, sino al conocimiento de las lenguas y culturas francesas, alemanas, italianas... A mí me llegaron a reprochar que lo solicitaba porque beneficiaba a los profesores de francés y yo les replicaba que ya los tenían dentro, que no costaba tanto y que el beneficio para la región sería inmenso. Pero la ceguera y el corto plazo les pudo. Perder esa batalla ha tenido graves consecuencias.

Puesto que en los 90 nuestros alumnos de licenciatura eran numerosos, numerosas serían después las tesinas, los alumnos de doctorado y las tesis en elaboración. Fomentábamos la redacción de tesinas – llamadas oficialmente ejercicio de licenciatura – por los valores mismos de ese trabajo monográfico que debía constituir un “état présent” sobre un tema muy concreto. También se celebraron algunas defensas de tesis que eran la ocasión, de nuevo, de invitar a prestigiosos compañeros de otras universidades. Recuerdo especialmente la de Josefina Bueno dirigida por Conchita y que constituía no solo el examen de la doctoranda sino de la directora y de nuestra área.

Añadamos que los años 90 fueron los años de la implantación erasmus. Trabajábamos por redes muy descentralizadas que encabezaba un profesor cuya universidad gestionaba y contabilizaba los encuentros. No teníamos casi infraestructura, pero sí ganas de trabajar y de conocer gente. Los tutores asumimos muchísimas tareas, hasta de recogida y alojamiento de alumnos. No existía internet y los contactos pasaban por el teléfono y el fax. A veces teníamos que luchar con nuestros propios compañeros de facultad para que reconociesen a nuestros alumnos la validez de sus estudios en la otra universidad. Para las tesinas recurrimos a una doble lectura. El mismo trabajo leído y aprobado en Nanterre, por ejemplo, volvía a ser defendido en Murcia tras cambiarle la carátula. No pretendíamos engañar a nadie sino resolver una obstrucción administrativa. Pero los profesores también contactábamos con otros colegas y nos abríamos puertas y contactos. Los españoles conocimos a hispanistas franceses y los franceses a francesistas españoles. Visitas, coloquios e intercambios varios se “normalizaron”. Conchita conoció entonces a Jacques Soubeyroux y a James Durnerin, entre otros.

Otro aspecto al que hubo que atender fue la reforma de los planes de estudio. Tras el plan del 83, vino el plan del 95 que exigía la impartición de la Licenciatura en solo cuatro años y la aparición de los másteres, absolutamente novedosos en nuestras costumbres. De nuevo hubo que defender nuestro espacio propio. La licenciatura de cuatro años duró poco –creo que cinco o seis cursos– porque pronto volvimos a los cinco años con el plan de 1999. Esto produjo el solapamiento de algunas promociones con las consabidas limitaciones presupuestarias, lo que nos causó problemas y nos llenó de reuniones. Pero los másteres se quedaron. Nuestro Máster de Literatura Comparada Europea en el que nuestra área imparte tres asignaturas sigue vigente. Igualmente hubo que atender a los másteres de Formación del Profesorado y a otros más lingüísticos.

La licenciatura del Plan de 1999 duraría hasta la implantación de los Grados. Para facilitar el trabajo de nuestros alumnos elaboramos tres Textos-Guía de Literatura Francesa correspondientes a las tres asignaturas diacrónicas de literatura. Conchita, Jerónimo y yo trabajamos duro, coordinamos mucho y de nuevo Conchita demostró su lucidez y pragmatismo. Resultaron muy útiles y el costo para nuestros alumnos era poco más que el de las fotocopias.

Decía algo más arriba que Conchita estaba obsesionada por la competencia de nuestro profesorado. La consigna era saber, investigar. Llevados doblemente por la exigencia de nuestras asignaturas y alumnos, y por nuestras propias inquietudes intelectuales, nos lanzamos a aprender, a escribir, a participar, a publicar... Me acuerdo de cómo Conchita nos animaba a participar en todos aquellos coloquios que nos pudiesen interesar y de los que tenía conocimiento. Recuerdo uno en Pau con Josefina Bueno en el que nos nevó al atravesar el Somport, otro a Zaragoza que me costó una multa... Y, cómo no, los que se celebraban en Murcia. Porque publicar era mostrar nuestra actividad, estar presente en nuestro pequeño mundo académico. No bastaba nuestra revista ni nuestro Servicio de Publicaciones. Recuerdo la alegría con la que recibí mi primer sexenio o la invitación de Paco Lafarga para participar en su proyecto sobre la traducción en España, lo que consideré una honra. Era también el reconocimiento de nuestro esfuerzo.

Para financiar la investigación, aprovechamos toda convocatoria de ayudas públicas que surgiera: proyectos de investigación, ayudas especiales, ayudas complementarias... Conservo la imagen de nosotros tres en el despacho de Conchita ayudándole a redactar papeles, buscar argumentos, precisar ideas... siempre bajo su impulso y coordinación. Bajo la dirección de Conchita creamos un grupo de investigación en Literatura Francesa (EO23-02) dentro de la Universidad de Murcia. Pero las convocatorias más importantes eran las del Ministerio. Y así fue como Conchita encabezó un proyecto I+D sobre el relato breve, que era ya su gran campo de investigación. El primero llegó en el año 2000 y se prolongó en convocatorias sucesivas –con ligeras variaciones en el número de universidades e investigadores participantes– hasta diciembre del 2014. Junto a estas solicitudes al Ministerio, hubo otras a la Fundación Séneca – nuestra agencia regional – que subvencionó proyectos durante siete años, del 2007 al 2014.

Tantos esfuerzos fueron dando fruto. Saber y transmitir conocimientos era al fin y al cabo el objetivo de nuestros afanes y la garantía de nuestro progreso profesional. Y así nuestra área, que ya contaba con siete u ocho titulares, pero ningún catedrático, consiguió su primera cátedra en el año 2000 (que fue la de Conchita). Debo recordar que fue una oposición emocionalmente dura. Preciso lo de emocionalmente porque nadie dudaba de sus méritos, pero había habido denuncias y calumnias que nos hicieron sufrir y que tuvieron que ser disipadas. Así en el año 2000 esta universidad tuvo su primera catedrática de Filología Francesa.

Y en estas fechas me quedo, que es el límite que me había propuesto. No entraré pues en su posterior gestión como Vicerrectora y otras gestiones memorables. Gracias a los orga-

nizadores por permitirme la ocasión de recordar aquellos años y el papel de Conchita en el devenir de nuestra área. Y a ti, querida Conchita, gracias una vez más en nombre de todos los compañeros, por tu liderazgo y clarividencia, y en el mío propio, por rescatarme para la vida universitaria y por haberme guiado en este proceloso mundo.